

SERGIO GUERRA VILABOY, *Tres estudios de historiografía latinoamericana*, (Alborada Latinoamericana 15), Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002, 196 pp.

En esta obra, el autor hace un llamado a “recuperar el carácter crítico” de la disciplina histórica (p. 189), afirmación con la cual, seguramente, coincidimos muchos de los practicantes de este oficio. Lo que posiblemente resulte menos consensual sea la manera de brindarle ese filo crítico. Después de todo, desde sus inicios, la historiografía moderna ha mantenido una estrecha relación con el poder. Tradicionalmente ha actuado como uno de los cancerberos de las identidades, las utopías y los relatos fundacionales de las clases dominantes, los grupos de poder y de ese gran tótem que es el Estado nacional, deidad de esas “tribus” que son las naciones modernas.

En el caso particular de América Latina, esta relación entre la historiografía y el poder ha sido especialmente intensa tanto por factores culturales e ideológicos como por causas sociológicas. Para empezar, el intento por establecer las coordenadas de las respectivas identidades nacionales -e, incluso, por definir una identidad regional latinoamericana- ha propiciado que los letrados de América Latina hayan mantenido siempre una relación ambigua frente al poder y al Estado. Con frecuencia, esa relación ha sido de maridaje o de abierto amasiato; en otras, no ha pasado de algunos fugaces encuentros. Y es que, “desde él, a su favor, al margen suyo o contra él, históricamente la condición intelectual en América Latina y el Caribe ha dependido de la ubicación respecto del poder. Más aún: ese posicionamiento ha dotado de identidad a los intelectuales. Ya que en los países latinoamericanos y caribeños el Estado ha asumido un papel ‘civilizador’, resulta inevitable que los intelectuales adopten ante él posturas de apoyo y colaboración, o de crítica y rechazo. Ha habido,

pues, un espectro amplio de posiciones: desde el respaldo incondicional y servil hasta la oposición más absoluta y radical”.¹

La necesidad que han tenido muchos intelectuales de buscar refugio en el Estado como funcionarios o servidores suyos ha solidificado ese ambivalente nexo. Esta compleja relación se remonta a los tiempos coloniales, cuando los letrados jugaron un papel central en la organización de los imperios europeos (especialmente del español) en tierras americanas.² Consumada la independencia de la mayoría de los países latinoamericanos, los letrados continuaron representando ese cometido en la creación de los Estados nacionales.³ Es, pues, en esa ambivalente, ambigua y problemática relación de los letrados con el poder en que habría que ubicar la producción historiográfica latinoamericana, la que, como ya señalé, ha tenido un papel preponderante en la forja de las discursivas identitarias y nacionales. Esto constituye una premisa para poderle conferir a la historiografía ese aliento crítico por el que aboga Sergio Guerra Vilaboy. Para ello, resulta imprescindible realizar una propuesta clara y precisa sobre los criterios conceptuales y teóricos a partir de los cuales se realiza la ineludible tarea de escudriñar la historiografía latinoamericana.

Esto es algo que, asombrosamente, está ausente en la presente obra de Guerra Vilaboy. En la introducción, el autor ofrece una visión panorámica sobre el desarrollo de la historiografía latinoamericana con el fin de “destacar (sus) elementos comunes y diferenciales... vista en su totalidad” (p. 15), es decir, más allá de los particularismos nacionales. Remontándose a los “orígenes”, Guerra Vilaboy inicia su periplo con las “concepciones históricas de los primitivos habitantes” de América, siguiendo con los escritores mestizos, indígenas y criollos

¹ Pedro L. San Miguel, “Intelectuales, sociedad y poder en las Antillas hispanohablantes”, *Los desvaríos de Ti Noel: Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*, San Juan, Ediciones Vértigo, 2004.

² Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hannover, NH, Ediciones del Norte, 1984.

³ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; y Nicola Miller, *In the Shadow of the State: Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America*, London and New York, Verso, 1999.

del periodo colonial, los letrados decimonónicos y culminando con una variopinta muestra de historiadores, ensayistas y pensadores del siglo XX. Esta presentación inicial tiene el mérito de ofrecer una perspectiva general sobre la historiografía de América Latina. No obstante, como introducción al conjunto del libro resulta decepcionante debido a que, como ya indiqué, el autor no explicita la propuesta conceptual -sea cual sea ésta- desde la cual realiza su interpretación sobre la historiografía latinoamericana.

La historiografía -valga recordarlo- es un producto cultural y social, razón por la cual su estudio, como el de cualquier otro objeto de investigación, debe abordarse desde coordenadas precisas, que ofrezcan indicios acerca del tipo de lectura que dirige las reflexiones acerca de ella. Durante las últimas décadas han proliferado los debates y las propuestas teóricas en torno a la historiografía; valga mencionar, entre las formulaciones más conocidas, las realizadas por Michel de Certeau y Hayden White.⁴ O si se prefiere, se pueden mencionar los argumentos de Guillermo Zermeño Padilla acerca de la historiografía mexicana, recogidos en una obra suya de reciente publicación.⁵ En fin, no faltan reflexiones acerca de la historiografía que aborden su estudio desde posiciones claramente definidas y que, además, permitan trascender la mera relación de obras y autores, que es la tónica prevaleciente en el libro comentado.

A lo más que llega Guerra Vilaboy es a agrupar a los diversos intelectuales señalados por él en tendencias historiográficas, pero incluso sin ofrecer criterios precisos sobre las características de dichas corrientes. Para colmo, en ocasiones se brindan incongruentes conjuntos de historiadores. Así, entre los que el autor ubica como “neopositivistas” incluye a figuras tan disímiles como el cubano Ramiro Guerra, y los mexicanos Jesús Silva Herzog y Luis González. (Por cierto, *Pueblo en vilo*, la obra maestra de González, fue publicada

⁴ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1985; y Hayden White, *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Trad. de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

⁵ Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia: Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

en 1968 y no en 1948, como se indica en el texto). Por otro lado, cuando el autor se lanza a ofrecer interpretaciones acerca del desarrollo de la historiografía en América Latina, a veces realiza afirmaciones que dejan mucho que desear. Afirmar, por ejemplo, que los estudios antropológicos que comenzaron a fines del siglo XIX respondieron a “los avances del capitalismo” (p. 32), es adscribirle una explicación económica a un fenómeno extremadamente complejo. En definitiva, aunque en la introducción se ofrecen ciertos lineamientos generales acerca del desarrollo de la historiografía latinoamericana, falta una propuesta teórica que le brinde coherencia a esta presentación, razón por la cual no pasa de ser una relación -la que no deja de tener problemas y dificultades- de autores y obras más o menos relevantes.

Igualmente problemático es el primer estudio que compone este libro, titulado “Nuestra primera historiografía”, en el cual Guerra Vilaboy examina las formas de memoria de las poblaciones indoamericanas, concentrándose en los antiguos habitantes de Mesoamérica y en los incas. En este capítulo, empero, se repiten los esquematismos y las deficiencias de la introducción. Luego de ofrecer un recuento de las formas de la memoria indígena -el típico relato sobre los códices, los quipus, las estelas y los textos sagrados-, Guerra Vilaboy se aproxima a las obras de los “primeros historiadores indígenas y mestizos de México y Perú”. Nuevamente, hay una ausencia de una propuesta novedosa acerca de las obras de estos escritores, entre quienes se encuentran Hernando Alvarado Tezozómoc, Diego Muñoz Camargo, Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de la Vega.

Más aún: se hacen afirmaciones dudosas, ambivalentes o que sugieren un desconocimiento de investigaciones recientes en torno a algunas de estas figuras. Por ejemplo, después de afirmar que la producción de estos autores estaba permeada por las influencias de la “cultura renacentista”, por otro lado se arguye que eran “exponentes de una producción histórica *propia*mente aborígen” (p. 67; *italicas* más). Si por “aborígen” el autor entiende autóctono, es decir, originario de América, esta afirmación no pasa de ser un lugar común; y si se

refiere a que esa producción representa fielmente las concepciones históricas y culturales de las poblaciones indoamericanas -que es, probablemente, lo que quiere decir el autor-, incurre entonces en una flagrante contradicción con lo que él mismo había señalado anteriormente.

Esta contradicción se habría evitado si el autor hubiese explorado de forma sistemática el carácter híbrido o mestizo de *la escritura* de estos autores, una de las tesis que con más insistencia se ha expuesto en las investigaciones recientes en torno a ellos.⁶ Posiblemente, también habría evitado afirmaciones tan desacertadas como que los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega adolecen de una “ausencia de juicio crítico” (p. 85) o que contienen “pasajes bastante monótonos” (p. 86). Tales juicios, en todo caso, lo que evidencian es un razonamiento superficial o apresurado. Seguramente un análisis discursivo de la obra de Garcilaso habría demostrado las funciones ideológicas y políticas de esos pasajes catalogados como “monótonos” por Guerra Vilaboy. Con relación a la supuesta falta de juicio crítico del autor de los *Comentarios reales*, conviene recordar que Garcilaso realizó una sistemática crítica de las crónicas españolas que versan sobre la sociedad inca, y que sus apreciaciones estuvieron basadas, en buena medida, en un criticismo lingüístico muy próximo al realizado por los filólogos renacentistas que fundaron la crítica documental, uno de los pilares de la historiografía moderna. En tal sentido, el Inca fue uno de los fundadores de la historiografía y la etnografía latinoamericanas, no meramente porque haya sido uno de los primeros autores mestizos sino, también -y quizás ante todo-, en virtud de los fundamentos heurísticos y críticos que sostienen su obra. Sin embargo, estas consideraciones ni siquiera asoman en la obra comentada, la que, amén de aportar muy poco a lo ya sabido sobre esos autores indígenas y

⁶ Rolena Adorno, *Guamán Poma: Writing and Resistance in Colonial Peru*, Austin, University of Texas Press, 1986; Beatriz Pastor, *El jardín y el peregrino: El pensamiento utópico en América Latina (1492-1695)*, México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999; y Guy Rozat, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 2002.

mestizos -que el mismo Guerra Vilaboy considera como el “embrión de una historiografía ‘nacional’ latinoamericana” (p. 89)-, contiene juicios ligeros que no resisten un análisis riguroso.

No mucho más afortunado es el siguiente ensayo del libro, dedicado a “La historiografía latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del siglo XX”. A mi modo de ver, este ensayo presenta varios problemas. En primer lugar, resulta un tanto sorprendente que lo inicie una sección dedicada a “la expansión norteamericana en la historiografía latinoamericana”. Éste, sin duda, es un tema de gran importancia; pero se me hace que en lo fundamental su desarrollo *historiográfico* data de fechas más recientes, y no de finales del siglo XIX o de inicios del XX. Es indudable que el expansionismo estadounidense fue tema de reflexión y de preocupación para la intelectualidad latinoamericana de esa época. Aún así, frente a otros asuntos que la inquietaban, relacionados con los problemas y los dilemas para lograr la integración de los países latinoamericanos como naciones, la cuestión del expansionismo estadounidense, por importante que fuera, no era una cuestión prioritaria, al menos en el ámbito de la historiografía. Más significativos eran los temas relacionados con los sistemas políticos, estrechamente vinculados con las cuestiones del caudillismo y de la naturaleza del Estado, y la de la composición étnico-racial de las sociedades latinoamericanas, asuntos que sí aborda Guerra Vilaboy en este estudio. No obstante, su peculiar intelección de la historiografía del periodo lleva al autor a realizar apreciaciones y valoraciones un tanto sorprendentes. Por ejemplo, dada la importancia que le adscribe al tema del expansionismo norteamericano, menciona al intelectual puertorriqueño Mariano Abril, mientras que pasa por alto a figuras mucho más relevantes, como Salvador Brau, uno de los fundadores de la historiografía puertorriqueña y un clásico exponente de las teorías racialistas a las que alude Guerra Vilaboy.

Pero quizás lo más sorprendente de este ensayo sea la preeminencia que le brinda el autor a las “diversas influencias del pensamiento europeo” a la hora de explicar las características de la

historiografía latinoamericana de ese periodo. Según Guerra Vilaboy, fueron esas influencias -sobre todo el pensamiento de Comte y de Spencer-, adaptadas de forma “creativa” a las “condiciones latinoamericanas”, las que le confirieron su “rasgo distintivo” a “toda una generación de historiadores latinoamericanos” (p. 118). En ausencia de una declaración expresa al respecto, tal tipo de afirmación apunta hacia los criterios metodológicos y conceptuales que subyacen a las interpretaciones de Guerra Vilaboy. A juzgar por afirmaciones de esta índole, el autor recurre a las “influencias” como criterio para explicar los rasgos de la historiografía latinoamericana, a pesar de las críticas a que han sido sometidas tales aproximaciones a la historia intelectual. Explicaciones de esa naturaleza reproducen la concepción de sociedades latinoamericanas inertes, que actúan como meras receptoras de las fuerzas externas, provenientes de los países “desarrollados”. Frente a estas nociones, cabe recordar que en América Latina existía toda una tradición intelectual que recurría a interpretaciones racialistas. Desde esta perspectiva, las “influencias externas” adquirirían sentido porque venían a insertarse en un contexto en el cual reforzaban nociones preexistentes. En otras palabras, las “influencias externas” incidían sobre las concepciones de los intelectuales latinoamericanos en la medida en que venían a confirmar o a reforzar lo que ya intuían o profesaban.

Ello se evidencia en el caso del marxismo, tema del siguiente ensayo del libro, dedicado a “Los fundadores de la historiografía marxista en América Latina”. A pesar de ser el trabajo más elaborado del conjunto, incluso en este caso realiza Guerra Vilaboy afirmaciones de dudosa factura o, al menos, susceptibles de cuestionamiento. Por ejemplo, su afirmación de que en América Latina el marxismo surgió “tardíamente” (p. 123). Pero, ¿tardíamente respecto a qué? Porque si bien es cierto que en Europa, hacia fines del siglo XIX, el marxismo había adquirido relevancia como *ideología política* y que a partir de la Revolución rusa de 1917 se convirtió en ideología del nuevo Estado que emergió como resultado de ella, lo cierto es que en el ámbito de la historiografía -excepto, por supuesto, de la soviética- el marxismo tuvo muy poco eco durante la primera mitad del siglo XX. De hecho, no

fue hasta la segunda mitad de la centuria cuando adquirió visibilidad en el ámbito de la historiografía internacional, sobre todo en su vertiente británica, representada por figuras como Maurice Dobb, E.P. Thompson y Eric Hobsbawm.⁷ Desde esta perspectiva, se puede considerar incluso que esas obras que Guerra Vilaboy distingue como fundadoras de la historiografía marxista en América Latina se encuentran entre las obras pioneras de esta tradición a nivel mundial.

También resulta enigmática la opinión que expresa Guerra Vilaboy sobre esas obras fundacionales. Según él, las obras pioneras “dedicadas propiamente a la historia latinoamericana, elaboradas desde una perspectiva marxista”, fueron *La lucha de clases a través de la historia de México* (1932), del mexicano Rafael Ramos Pedrueza, y *Evolución política del Brasil* (1933), del brasileño Caio Prado Junior. En virtud de qué razonamientos se llega a esta conclusión, descalificando obras tan prominentes como los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui, publicada originalmente en 1928, constituye un verdadero misterio ya que Guerra Vilaboy no explicita sus criterios para valorar unas y otras obras. Otro elemento perturbador de la interpretación de Guerra Vilaboy tiene que ver con lo que omite, al menos en lo referente al Caribe, región que, según él, presenta un “panorama desolador” en lo que respecta a la historiografía de orientación marxista. La excepción, de acuerdo a él, era la isla de Cuba, país donde sí encuentra una tradición historiográfica marxista que comenzó a desarrollarse hacia los años treinta y cuarenta del siglo XX. Empero, la relación de Guerra Vilaboy soslaya uno de los textos más sofisticados, escrito desde una perspectiva marxista, de toda la historiografía caribeña. Me refiero a *The Black Jacobins: Toussaint L’Ouverture and the San Domingo Revolution*, de C.L.R. James, publicado en 1938, que constituye, sin lugar a dudas, un hito de la historiografía caribeña.⁸ Obra insuperable en muchos sentidos,

⁷ Sobre el particular, ver: Josep Fontana, *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

⁸ Para una evaluación de la obra de James en el contexto de la historiografía caribeña, ver: Pedro L. San Miguel, “Visiones históricas del Caribe: Entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos”, *Los desvaríos de Ti Noel...*

en ella las masas haitianas aparecen como los verdaderos agentes de las luchas contra la esclavitud y el colonialismo.

Debido al desalojo de Mariátegui como pionero de la historiografía marxista latinoamericana y a la omisión de James, acciones por las cuales Guerra Vilaboy no ofrece ningún tipo de razón, resulta debatible la visión global que brinda este autor sobre el desarrollo de la historiografía latinoamericana de orientación marxista. Para él, “el punto más alto alcanzado por la historiografía marxista en el periodo que antecede al triunfo de la Revolución cubana” se debió a las ideas de Caio Prado y Sergio Bagú referentes a “las peculiaridades de la formación económico-social conformada en América Latina desde la etapa colonial” (p. 174). Esta apreciación sugiere que Guerra Vilaboy privilegia esa tradición del marxismo latinoamericano que enfatiza el “metarrelato” de los modos de producción, orientación economicista fuertemente vinculada con las posiciones más dogmáticas del marxismo. Desde esta óptica, obras como las de Mariátegui y James, cuyo énfasis reside en lo social más que en lo económico, parecen jugar un papel menos trascendente.

Una cuestión que queda abierta por el momento se refiere a la historiografía marxista luego de la Revolución cubana, asunto que no es abordado en este libro, si bien, al tomar este suceso como referente cronológico en la evolución de dicha historiografía, Guerra Vilaboy está apuntando a un tema que en algún momento habría que examinar. Con todo, la manera en que Guerra Vilaboy se refiere a los autores que, según él, constituyeron “el punto más alto alcanzado por la historiografía marxista” antes de la Revolución tiende a sugerir que, a su juicio, sólo luego de ella se superaron las obras de los “pioneros”. Y, ciertamente, luego de la Revolución del 59, en América Latina surgió una pléyade de obras inspiradas en el marxismo que contribuyeron a la historiografía de la región. Baste mencionar como muestra *El ingenio* (1978), de Manuel Moreno Fragnals, posiblemente la más importante obra marxista escrita en Cuba luego de la Revolución. Aún así, quedaría por discernir cómo la historiografía posterior al 59 modificó, alteró o continuó la tradición marxista

anterior. Por razones obvias, una discusión en torno a estas cuestiones debe dilucidar el papel de la historiografía marxista cubana. ¿Superó a su antecesora la historiografía marxista cubana posrevolucionaria? Si fue así, ¿en qué medida “superó” a la historiografía marxista que la precedió? Dada la relevancia que usualmente se le adscribe a la historiografía marxista cubana posterior a 1959, ¿cómo compara ésta con la tradición (tanto cubana como latinoamericana) que la antecedió? Éstas son preguntas que, a mi modo de ver, deben ser abordadas con el fin de juzgar, de la manera más rigurosa y menos dogmática posible, una de las corrientes historiográficas más importantes de América Latina durante las últimas décadas pero que, lamentablemente, ha sido o proscrita de los cenáculos intelectuales más tradicionales o canonizada por muchos de sus seguidores. En el caso particular de Cuba, donde funge como doctrina de Estado, se ha convertido en un conjunto de dogmas y fórmulas vacuas, carente de ese filo crítico que tuvo el marxismo en sus orígenes.

Por supuesto, no sólo la historiografía marxista debe ser objeto de rigurosos análisis críticos. Repensar la historiografía latinoamericana en su conjunto es una tarea de primer orden; en esto coincido plenamente con el llamado que realiza Guerra Vilaboy en el epílogo de su libro (“Los desafíos de la historia en el nuevo siglo”). Con lo que difiero es con su modo de abordar esta ingente tarea. Como he señalado ya, este libro carece de una propuesta teórica explícita que ilumine la particular lectura que realiza su autor de la historiografía latinoamericana. Además, se realizan aseveraciones que no se demuestran ni se argumentan de forma convincente, razón por la cual hay afirmaciones que resultan sorprendentes y hasta desatinadas. En ocasiones, los énfasis temáticos de la obra tampoco ayudan a ofrecer una imagen coherente sobre la evolución de la historiografía de América Latina.

El epílogo del libro tampoco contribuye a dilucidar las líneas maestras que deberían seguirse para esclarecer dicha evolución. Compuesto por un conjunto de ideas cuyo propósito es “alcanzar la necesaria renovación (de la historiografía) sin caer en los extremos a

que ha llegado la historiografía europea y norteamericana” (supongo, ante todo, que los “extremos” del posmodernismo), el llamado renovador de Guerra Vilaboy desemboca, deplorablemente, en una serie de lugares comunes, entre ellos: las jeremiadas en contra de los cuestionamientos a las concepciones prevalecientes en la “historia científica” acerca de la verdad y la objetividad (p. 178), los lamentos en torno a la “fragmentación de la disciplina” (p. 179), las declaraciones sobre la singularidad de la historiografía latinoamericana -debida en parte a su juventud- *vis a vis* la europea o la estadounidense (pp. 184-185), las indicaciones acerca del “relativo desfase (*sic*) teórico y metodológico de América Latina” (p. 186), y los reclamos en pro de “una más autóctona historiografía latinoamericana”, capaz de preservar “nuestras aportaciones y la propia identidad de la historia de América Latina” (p. 189). Paradójicamente, quizás algunos de los senderos que podrían conducir a esa renovación de la historiografía por la que aboga Guerra Vilaboy impliquen el abandono o el olvido de muchas de estas premisas, fuertemente ancladas en concepciones acerca del saber, de las identidades (nacionales y regionales) y del poder que han caracterizado a determinados sectores de la “ciudad letrada” latinoamericana contemporánea.

Pedro L. San Miguel
Universidad de Puerto Rico/
Instituto Mora

